

## LO QUE EDUCA SON LAS RELACIONES

Mariano Algaba

La mayoría de los militantes y formadores del campo popular sostenemos con convicción que la educación no es neutra, pero también es muy común pensar que la politicidad de la misma reside en los contenidos exclusivamente. Así, por cuanto más “especialista” y “más información”, creemos que resulta más transformador, más revolucionario. Pensamos que cuanto más se habla de lo político, más se politiza. Lo mismo podemos pensar que sucede en los ámbitos recreativos, lo político estará en trabajar “la cooperación”, “recrear un 24 de marzo”, “trabajar sobre los derechos del niño”, etc. Esta exclusividad de la palabra, o del contenido, niega la politicidad que se ubica en el tipo de vínculo que se crea entre enseñantes y aprendientes. Vínculo entendido como una trama de emociones y poder que no necesariamente se manifiesta en palabras, ni en contenidos, ni en técnicas, sino en actitudes. Somos más que meros informadores o transmisores. Conscientes o no, proponemos las condiciones de cómo se va a aprender. Un aspecto, tal vez el más importante del rol, para el educador y la educadora popular o para quienes trabajan en recreación, o en cualquier ámbito pedagógico, es la conciencia de que la vivencia de procesos de aprendizajes donde los participantes asumen y hacen ejercicio de su poder, resulta un factor altamente subjetivante. Lo que se aprende en ese espacio no es solo el contenido que circula, lo que se dice, sino que se aprende a asumir el poder, a compartirlo, socializarlo, a ser autores colectivos, etc. Esto está dado en el vínculo entre enseñantes y aprendientes. Subjetivante en el sentido que, el molde relacional que se desarrolla en el proceso, queda inscripto como forma vincular de aprender, nos constituimos un tipo de sujeto. El proceso nos transforma, construyendo el conocimiento en grupo. Está en este tipo de aprendizajes, la búsqueda pedagógica-política de los que transitamos la educación popular.

En todo caso los contenidos, las técnicas y las actividades debieran guardar coherencia con lo pedagógico y constituirse en una praxis. Es atendiendo este factor concientizador, que Freire plantea un tipo de alfabetización, que lo lleva a la cárcel y al exilio. “Leer la realidad y escribir la historia” decía. Así el ejercicio de aprender a leer y escribir resulta indisolublemente un ejercicio de apropiación de una mirada crítica y de una acción transformadora de la realidad. En todo proceso pedagógico, -aún no lo percibamos-, hay un carácter subjetivante y concientizador. Los procesos pedagógicos forman a las personas, no solo la instruyen. ¿En qué sentido subjetivan nuestras prácticas? ¿Qué tipo de personas somos en esos procesos? ¿qué tipo de molde relacional se establece? ¿cómo circula el poder? Nos podemos preguntar sobre los aspectos subjetivantes en cualquier tipo de tarea militante que se emprenda con los grupos, la pregunta nos ayuda a revisar todo el tiempo nuestras actitudes. En definitiva, hay una primera actitud, la de preguntarnos permanentemente ¿para qué hacemos lo que hacemos? De esta manera el espacio adquiere sentido en sí mismo, no se hace para que los contenidos “sirvan” en un futuro, no es utilitario, sino que adquiere un fin en sí mismo, en la propia experiencia de construir colectivamente. Importa vivir la experiencia.

Contenidos y vivencia del proceso pedagógico, en búsqueda permanente de coherencia. Freire habla de “palabras verdaderas” aquellas que provienen y arraigan en la práctica, que son sistematización de experiencias, que son praxis y por tanto transforman. Así las palabras de sus procesos de alfabetización se enraizaban en la propia realidad para observarla críticamente, eran “generadoras” porque estaban cargadas de las contradicciones de la realidad. Este “valor de la experiencia”, este “fin en sí mismo” del aprendizaje, le confiere un carácter lúdico al proceso. Es una de las características que diferencia las prácticas que asumen la búsqueda de una transformación social con las prácticas asistencialistas. Muchas veces en apariencia se parecen, pero en el sentido profundo son cualitativamente y políticamente distintas. Cualquier instancia reivindicativa de organización popular, barrial,

sindical, puede adquirir, además del derecho reivindicado o reclamado, un fin en sí mismo. Que la propia experiencia de organización sea una escuela de actitudes, de nuevas relaciones. Una instancia de empoderamiento. La experiencia vincular, el tipo de relación de poder que se establezca, tanto con adultos, jóvenes, con niños como con sus padres y madres, planteará un determinado aprendizaje subjetivo. ¿Se han preguntado en sus ámbitos, además de los contenidos qué más se aprende? ¿qué deja cada experiencia en sí misma? ¿cuál es el posicionamiento de quienes coordinan al respecto? Los aspectos más “técnicos” de la coordinación no están separados de una actitud, de una búsqueda política que se manifiesta en el vínculo cotidiano con los otros y otras. Lo personal es político.

Estas actitudes implican entre otras cosas “poner el cuerpo” en los procesos de aprendizaje. ¿Cómo se ubican los cuerpos de quienes coordinan? ¿dónde espacialmente? ¿se involucran? ¿se juegan? ¿Son atravesados por los debates, los aportes? ¿se preguntan? ¿Se emocionan? ¿se transforman? ¿se arriesgan? El coordinador o la coordinadora también atraviesan un proceso, que implicará ir superando miedos y construyendo este tipo de actitudes propias de este rol. Aprende. No son recetas, son conductas que adquieren características específicas en cada caso, en cada grupo, en las modalidades de coordinar, en cada contexto, asumirán formas y características únicas. Lo que tienen en común es una búsqueda, la de la participación real, la de la construcción colectiva del conocimiento, la del empoderamiento de grupos y colectivos para la transformación de la realidad, la de la educación como práctica de la libertad. Visualizar y trabajar sobre estos aspectos subjetivantes, es parte de la esencia pedagógica-política que tiene la educación popular. Lo que realmente educa son las relaciones de poder que se establecen en los procesos de aprendizaje, en los espacios de militancia, en cualquier grupo que se proponga accionar sobre la realidad para revolucionarla.

Si esa relación tiene quietud, silencio, nada que aportar, de un lado y acumulación, palabras, tiempo y uso exclusivo del poder, del otro, hay una clara relación de opresión que llegamos a naturalizar, a aprender y a reproducir. Estamos alejados unos de otros, jerarquizados y eso responde solo a una formación “bancaria”, reproductora del sistema de opresión. “no somos elementos aislados de la masa popular, somos parte misma del pueblo. Nuestra función directiva no nos aísla, nos obliga.” (Che Guevara, ob. cit.) La relación lúdica es una relación de mutuo empoderamiento. Esto no implica, que el educador o la educadora pierda su rol, sino que realmente lo asuma. Tiene que pensar y corporizar ese vínculo en la coordinación del espacio. No solo pensar en el contenido, sino y sobre todo, en qué modo relacional va a transcurrir el proceso donde circularán en diálogo esos contenidos. En cómo va a circular el poder. Así “jugándonos” con el grupo asumimos la construcción de un poder colectivo, experiencia que nos educa en el ejercicio del poder popular.